



La Educación Cristiana de los Hijos

Padre Lucas Prados

La Educación Cristiana de los Hijos

Cómo afrontarla frente al mundo actual

Padre Lucas Prados

Adelante la Fe: Información Católica
adelantelafe.com

Capítulo I

La educación cristiana de los hijos: Cómo afrontarla frente al mundo actual

En muchas ocasiones padres, que apenas conozco, pues no suelen venir frecuentemente por la Iglesia, se me acercan realmente agobiados solicitando recomendaciones para solventar los graves problemas que están teniendo con sus hijos adolescentes. Yo intento ayudarles en cada caso concreto, y aunque siempre se puede hacer algo, en la mayoría de las ocasiones el daño es tan profundo que una reparación íntegra es casi imposible.

Otro hecho también muy frecuente, es el de los padres realmente católicos y preocupados de formar cristianamente a sus hijos que se sienten angustiados y sin herramientas para luchar, pues ven cómo sus hijos, que habían sido formados en un ambiente realmente cristiano y de fe, conforme van llegando a la adolescencia, son absorbidos, embelesados y envenenados por el mundo. Llega un momento en el que estos jóvenes ya no quieren saber nada de la Iglesia, de su religión e incluso de sus propios padres. ¿Cómo puede ser, que estos jóvenes que habían sido educados según unos principios cristianos hayan sido destruidos tan fácilmente en el corto plazo de dos o tres años? ¿Qué pueden hacer los padres para que el mundo no destruya lo que a ellos les ha costado tanto trabajo? ¿Qué pueden hacer los padres para que los hijos realmente se llenen de Dios y luego tengan armas suficientes para luchar contra este mundo?

La solución no es fácil, pero a lo largo de varios artículos¹ intentaremos analizar los problemas más frecuentes con los que se tienen que enfrentar los padres en la educación de sus hijos

¹ Originalmente, esta publicación surgió como una serie de artículos para el sitio Adelante la fe. Presentamos aquí una compilación de los mismos. Los artículos originales pueden visualizarse en el siguiente link: <http://adelantelafe.com/tag/la-educacion-cristiana-de-los-hijos/>.(NdC)

desde que estos son bien pequeños; e intentaremos orientar, ofreciendo las posibles soluciones que pueden aplicar antes de que sus hijos “vuelen y se les escapen”.

Hace años, hablando con mi madre ella me decía: *“Una de las misiones más difíciles que tenemos que realizar los padres es la educación de los hijos. Los hijos, me decía, son como un pajarito que tienes entre tus manos, si aprietas demasiado los ahogas, y si abres demasiado la mano, se escapan. Es realmente un milagro, que los padres tenemos que pedir continuamente a Dios”*.

Gravedad de la situación actual

El primer problema que tenemos que afrontar es el hecho de que los padres sean conscientes de la gravedad de la situación actual, con el fin de que desde la infancia empiecen a educar cristianamente a sus hijos siguiendo unas pautas correctas.

Un hecho muy común que me encuentro a diario, es el de que cuando le aconsejo a los padres que se preocupen de educar cristianamente a sus hijos desde la más tierna infancia, se sonríen y me responden inocentemente: *“mis hijos son buenos y a ellos no les va a pasar nada de lo usted dice”*. Pero la triste realidad es que cuando esos niños tienen quince o dieciséis años, le preguntas de nuevo por sus hijos, y te dicen ya bastante preocupados: *“nuestros hijos son buenos, pero...”*. En esa respuesta uno es capaz de adivinar su angustia y preocupación, pues ya no pueden controlarlos. En una palabra “el mundo ya se los ha tragado”.

Uno de los problemas más graves y preocupantes con el que se han de enfrentar los padres verdaderamente cristianos, es el de la formación humana y cristiana de sus hijos. Es por ello que este escrito está dirigido especialmente a esos padres buenos y preocupados.

Hay otros padres, que desgraciadamente son la mayoría, y que se llaman a sí mismos, cristianos, que nunca se han preocupado seriamente de educar a sus hijos según los principios cristianos. Estos padres, no creo que saquen mucho provecho de la lectura de estos artículos –si es que cayeran en sus manos-, pues les supondría un cambio de actitudes tan radical que nunca estarían dispuestos a realizarlo. Ahora bien, que estos padres sepan, que serán severamente juzgados por Dios cuando les toque presentarse ante el Trono del Altísimo.

Una labor urgente y sin posible demora

Aunque los padres son tales durante toda su vida, sólo disponen de los primeros quince o veinte años de sus hijos para realizar de un modo eficaz esta labor. Pasados esos años, los hijos ocasionalmente oirán algún consejo de sus padres. En la mayoría de los casos ya se verán con la suficiente autonomía para tomar sus propias decisiones y elegir los caminos, buenos o malos, que prefieran tomar. Y si me aprietan un poco, y dada la situación actual de nuestra sociedad, **los padres sólo disponen realmente de los primeros diez o doce años de sus hijos**; al cabo de los cuales, en la mayoría de casos, los hijos se cerrarán en banda y antes escucharán a los amigos que a sus progenitores.

Les cuento un hecho real que me ha ocurrido este mismo año. Hace dos años comencé en una de mis parroquias catequesis de Confirmación con un grupo de unos veinte jóvenes de entre 10 y 12 años. El primer día le hice un plan general y ya les dije que lo primero que tenían que hacer era confesarse cuanto antes para que la catequesis diera fruto y al mismo tiempo pudieran recibir la Comunión. Ese mismo día se confesaron prácticamente todos. Yo me alegré tremendamente. Así siguieron haciendo la gran mayoría durante el primer año de la catequesis.

Este septiembre pasado, comenzábamos el segundo año. Los chicos ya habían pasado de los 10-12 años a los 11-13 años. El primer día les hice el mismo llamado para que se confesaran, y cuál fue mi sorpresa que ya no se acercó a confesarse ninguno. Después de mucho insistir semana a semana he conseguido que se confiesen cinco o seis de esos veinte que comenzaron, pero los demás están esperando a que llegue el día anterior de la Confirmación para confesarse; pues ya les he dicho que, si no se confiesan, no pueden confirmarse.

Sólo ha pasado un año; pero en ese año han ocurrido muchas cosas; cosas que han ensuciado su corazón y como consecuencia ya no se atreven a confesarse.

Es duro decirlo, pero una vez que se confirmen probablemente ya no veré a muchos hasta..., hasta el entierro.

Todos hemos oído miles de veces el famoso ejemplo del arbolito que es plantado y que hay que guiar y enderezar cuando todavía es tierno. Cuando el tronco se haga leñoso ya será casi

imposible enderezarlo. Esa es la razón por la cual los padres han de extremar el cuidado durante los primeros años de sus hijos, pues será el momento en el cual estarán más receptivos.

Las virtudes y defectos de los padres en los hijos

Los defectos que tienen los padres son casi siempre “heredados” por los hijos. Las virtudes, en cambio, en ocasiones sí y en otras no.

Con bastante frecuencia los padres se quejan de las malas costumbres de sus hijos y no se dan cuenta de que, en muchas ocasiones, esos malos hábitos que tienen sus hijos los han aprendido en el hogar familiar. Si los padres no son honestos, virtuosos, veraces, ordenados, piadosos..., difícilmente podrán esperar que sus hijos lo sean.

Me hace mucha gracia cuando los padres de los niños de la catequesis de primera comunión dejan a sus hijos para la Misa, y mientras tanto, ellos se van al bar más cercano para ver el partido de fútbol. Acabada la Misa vuelven a recoger a los niños y les preguntan: “*¿te lo has pasado bien?*” Cuando ese niño crezca, lo más probable es que haga con sus hijos exactamente lo mismo.

Cuando un niño de siete años suelta una blasfemia, si hacemos una investigación podremos comprobar, que la ha aprendido de otro niño o de sus padres. Y si la ha aprendido de otro niño, es porque éste a su vez la aprendió de sus padres. Los padres son los primeros formadores de sus hijos, tanto para lo bueno como para lo malo.

Hace años oí una simpática historia de una familia de cangrejitos que es muy reveladora. La historia decía así:

“Érase una vez una familia de cangrejitos que vivía en el fondo del mar. Un buen día el padre cangrejo, preocupado por la formación de sus hijos le dijo a su querida mujer:

—Vida mía. Sería para mí un gran placer si nuestros hijos fueran el día de mañana cangrejos bien formados, que caminaran siempre hacia adelante y no de lado como lo hacemos nosotros. Así que, para conseguirlo, mañana a las doce del mediodía reúne a todos nuestros hijitos cerca de aquella roca, y tú y yo les enseñaremos a caminar de frente.

Llegó el día siguiente y mamá cangrejo reunió a toda su prole frente a la roca que les servía de guarida. En eso que llegó papá cangrejo muy orgulloso y con hermosa oratoria dijo a sus hijos:

—Queridos hijos, tanto vuestra madre como yo queremos que seáis cangrejos bien formados y que caminéis siempre hacia adelante. Así que a partir de hoy nos reuniremos todos aquí para hacer prácticas y enseñaros a caminar de ese nuevo modo.

Los cangrejitos pequeños se quedaron extrañados ante la ocurrencia de su padre. Mamá cangrejo no pudo decir nada, pues no quería dejar en mal lugar a su marido.

Durante varios días estuvieron haciendo prácticas. Papá cangrejo se ponía el primero de la fila y detrás de él, en fila india, cada uno de los niños. La comitiva estaba cerrada por la madre, la cual llevaba en brazos al cangrejo más pequeño que todavía estaba aprendiendo a andar.

Acabado el exitosamente el experimento, papa cangrejo volvió a reunir a todos sus hijos y les dijo:

—Ya sabéis queridos hijos. De ahora en adelante tenéis que andar siempre así. No andéis nunca más de lado como hacen el resto de los cangrejos. Vosotros tenéis que ser los cangrejos del futuro.

Papá cangrejo, muy orgulloso de la lección enseñada, cogió del bracete a su mujer y se fueron los dos caminando a visitar a otra familia de cangrejos que vivía cerca; pero no se percataron de que iban caminando de lado. Cuando los cangrejitos vieron a sus padres andar, se miraron los unos a los otros y dijeron:

—¡Y para qué cambiar! ¡Hagamos lo mismo que nuestros padres pues es mucho más fácil!

Y es que no es suficiente con dar buenas lecciones; si los padres no son los primeros que las ponen en práctica, difícilmente los hijos las seguirán.

A lo largo de los próximos capítulos, analizaremos e intentaremos ayudar a los padres. Comenzaremos analizando cuál ha de ser su modo de actuar durante los primeros diez o doce años de los chicos (asistencia a Misa, oraciones, lecturas, uso de la TV, internet, móviles, qué hacer durante las vacaciones, horas de sueño, enseñarles a comer, y un larguísimo etcétera). Posteriormente entraremos en los años más problemáticos que suelen ser desde los doce hasta los veintitantos. Y por último intentaremos dar algo de luz para que puedan seguir ayudando a sus hijos cuando estos ya se han emancipado pero no han tomado el camino

correcto (viven juntos sin casarse, caen en el alcoholismo o la droga, pierden la fe, contraen hábitos sexuales contra natura...).

Capítulo II

Padres, colegios e Iglesia

Antes de ocuparnos del análisis de todos aquellos elementos que tendremos que tener en cuenta para educar cristianamente a los hijos, es conveniente considerar otros factores no menos importantes, y que sin los cuales, una adecuada educación sería prácticamente imposible: los padres, el colegio y la Iglesia.

Un primer factor a tener en cuenta: Los padres

Los padres (padre y madre) son los primeros y más importantes educadores de sus hijos. La ayuda que reciban de los abuelos, colegio e incluso de la Iglesia, es subsidiaria y/o complementaria. En ningún momento podrán los padres abandonar, posponer o descuidar la obligación más importante que tienen sobre sus hijos y de la que tendrán que dar cuentas a Dios.

Para formar hijos cristianos lo primero que hace falta es que los padres también lo sean. Y cuando decimos padres realmente cristianos me refiero a que estén casados sacramentalmente, vivan su fe, practiquen la religión, lleven una seria vida de piedad personal y familiar, se acerquen a los sacramentos, acepten la voluntad de Dios, estén abiertos a una paternidad generosa, se tomen en serio la educación de sus hijos, no tengan miedo a realizar los sacrificios que sean necesarios para que estos se puedan educar adecuadamente, dediquen el tiempo suficiente a ellos, sean capaces de renunciar, total o parcialmente al menos uno de ellos al trabajo, si fuera necesario por bien de los chicos, etc... Si aquellos que han de ser modelos para sus hijos ya tienen defectos graves, lo más seguro es que esos mismos defectos, pero todavía más acusados, se presenten también en los hijos.

De principio decimos que la situación ideal para formar a los hijos es la que hemos hecho referencia anteriormente. Desgraciadamente conocemos que esa situación ideal no es la real en muchos casos.

Todavía hay situaciones donde, aunque **la educación es más difícil**, no es del todo imposible ni mucho menos. Me refiero al caso de un padre o una madre que son viudos y al caso de una madre divorciada o soltera (normalmente suele ser la madre la que se queda con los chicos) que tiene que cuidar ella sola de los chicos, pues el padre se marchó y no quiere saber nada de ellos. Dentro de este último grupo podríamos añadir el caso de los chicos que han de criarse con los abuelos u otros parientes, pues los padres, por motivos laborales, nunca están en casa. En este último caso, la educación se hace mucho más difícil, pues los abuelos no pueden sustituir a los padres; aunque la educación no sería imposible si los abuelos se tomaran realmente en serio la educación de los chicos, y los padres no interfirieran negativamente cuando ellos los tienen en casa (normalmente por la noche y los fines de semana).

Pero hay casos más graves en los que una **educación cristiana de los chicos es casi imposible**, pues ya se parte de un error muy grave de base. Me refiero a las siguientes situaciones:

- Hay padres que, aunque casados sacramentalmente, viven en realidad un “divorcio práctico”, pues cada uno vive su vida y tiene un modo diferente de educar a los hijos.
- Existen padres que, aunque casados sacramentalmente, no practican su religión.
- Hay muchas madres divorciadas que tienen que cuidar solas de sus hijos y que el fin de semana han de pasar los chicos al marido para que en la mayoría de los casos les hable mal de la madre y los malcríe. La situación opuesta también ocurre hoy día.
- Hay padres unidos civilmente que no pueden volver a casarse por la Iglesia debido a un anterior matrimonio eclesiástico. Estos padres parten ya de un problema muy grave de fondo: han preferido vivir unidos sin la bendición de Dios, y como consecuencia no se pueden acercar a los sacramentos. Esta situación irregular suele durar muchos años, durante los cuales los padres carecen de la gracia santificante y al mismo tiempo viven en una situación de pecado grave, que ellos mismos quieren justificar ante sus hijos, lo que les transforma en modelos muy defectuosos, pues los

hijos “entenderán” que no es tan malo vivir juntos si se aman, aunque no tengan la bendición de Dios y estén viviendo en pecado grave.

- Hay casos de padres que sencillamente viven juntos sin mediar incluso ni un matrimonio civil.
- Todos estos casos, y muchos otros similares e incluso más graves ya son de suyo un grave hándicap para la buena educación de los hijos.

La **educación cristiana de los chicos es imposible** cuando los “padres” son homosexuales o lesbianas. La deformidad de la que se parte, aparte de ser un pecado muy grave, es contra natura, por lo que de ningún modo estos padres podrán realizar la función que Dios espera de ellos. Estos padres siempre intentarán justificar antes sus hijos como normal algo que, de suyo, no es sólo pecado gravísimo, sino que además les incapacita humana y cristianamente para ser modelos para sus hijos.

Si educar a los hijos hoy día ya es tremendamente difícil, incluso partiendo de condiciones ideales, si además, el primer eslabón de la formación de los hijos no cumple con las condiciones ideales, el resultado final ya está más que comprometido.

La función subsidiaria de los colegios

Los colegios, y en general cualquier centro de enseñanza, están para ayudar a los padres en la educación humana y cristiana de sus hijos. En ningún momento los colegios pueden reemplazar a los padres; ni los padres pueden evadir su principal responsabilidad que tienen ante sus hijos confiando ese trabajo exclusivamente en manos de terceros.

Hasta hace cincuenta años era relativamente fácil encontrar buenos colegios religiosos que tenían incluso internado en algunos casos, que realizaban una encomiable labor de formación. Pero en los últimos cincuenta años, como consecuencia de la gravísima crisis que está sufriendo la Iglesia y todas las instituciones que dependen de ella, encontrar un “colegio católico” que haga honor a su nombre es realmente difícil.

En estos días pasados he recibido correos de padres pidiendo que les orientara sobre colegios católicos de confianza en España. Tristemente tengo que decir que, aunque pudiera haber alguno aislado, yo no conozco ninguno que pueda aconsejar. Antiguamente mandar a los

hijos a un colegio de jesuitas, escolapios, salesianos... era garantía de buena formación. Hoy día (salvo caso de alguna excepción aislada que pudiera existir y que yo desconozco), mandar a sus hijos a colegios “religiosos” es igual e incluso a veces peor, que mandarlos a un colegio público.

Por el hecho de mandar a sus hijos a un colegio religioso, los padres inocentemente esperan que la formación sea realmente buena tanto a nivel humano como cristiano; pero hoy día, quizá las mayores “locuras” que he escuchado han venido de parte de colegios religiosos.

Con el fin de atraer a los padres, intentan guardar ciertas formas “católicas” pero cuando escarbas un poco y buceas en el contenido de las enseñanzas..., ves que prácticamente no hay diferencia alguna con los colegios civiles. Con el agravante de que, creyendo los padres que el colegio era “bueno” bajan la guardia en la formación de sus hijos y cuando quieren darse cuenta, ya los han deformado humana y cristianamente.

Ya les digo que pudiera existir algún colegio religioso aislado que todavía impartiera una buena enseñanza humana y cristiana, pero yo no me atrevo a aconsejar ninguno. Hasta hace pocos años los colegios vinculados de un modo u otro con el Opus Dei tenían fama de dar buena enseñanza académica y guardar altos valores morales cristianos. En la actualidad no tengo información detallada de los mismos.

Hablando en términos generales, habría que analizar cada uno de los casos particulares; y ello, no está a mi alcance. Es labor de ustedes examinar el programa de cada colegio, profesores, libros que se usan para impartir las clases..., antes de mandar allí a sus hijos.

“Homeschooling” o Escolarizar en casa

Algunos de ustedes han apuntado la posibilidad de enseñar a sus propios hijos en casa. Respecto a este modo de enseñanza les digo lo siguiente:

He vivido nueve años en Estados Unidos y conozco bien este sistema de enseñanza, pues allí es bastante común. Hay muchos padres católicos que dándose cuenta de que la problemática de los colegios públicos y privados (religiosos...) es tan grave, han optado por formar a sus hijos en sus propios hogares. Aunque en un principio puede ser una buena idea, los

resultados finales son tremendamente variados pues intervienen muchos factores que pueden hacer que el “experimento” sea un éxito o un fracaso.

1. Hace falta que el gobierno de cada país tenga los medios para valorar este tipo de educación. Podría ocurrir que acabada la enseñanza en casa, cuando tuvieran que ir a la enseñanza superior o a la universidad, no fueran reconocidos los estudios que habían realizado con ustedes. Podría ocurrir incluso que el gobierno les quitara los hijos al considerar que no los estaban educando de modo adecuado. He conocido algunos casos de estos en Estados Unidos.
2. Hace falta que los padres estén debidamente formados a nivel académico (formación cristiana ya se les supone, pues si no, no se embarcarían en este sistema educativo). Lo que hace que en la gran mayoría de los casos sólo puedan dar clases hasta que los niños tienen diez o doce años. A partir de los trece años (que es cuando comienza la edad difícil), si se los quedan en casa, puede que tengan algo más de éxito en la formación cristiana; pero en cambio la formación académica será ya bastante deficiente, pues los padres no estarán preparados (hablo a nivel general) para explicar álgebra, biología, química, latín, idiomas y muchas otras asignaturas. Así pues, llegados a los doce o trece años tendrán que aceptar que sus hijos no tengan una formación académica adecuada o tendrán que mandarlos a colegios públicos o privados; y será entonces cuando vendrán los graves problemas que durante bastantes años habían intentado evitar.
3. Independientemente de esto, el homeschooling tiene además el hándicap de que sus hijos no se relacionan con otros chicos, pasan la mayoría del día en la casa y al final empiezan a ser poco sociables. Respecto a este punto concreto he conocido, desde chicos totalmente normales, a chicos que son incapaces de hacer amigos y han acabado siendo “bichos raros”.
4. Por otro lado, intentando los padres proteger a sus hijos de cualquier influencia exterior mala, crean a su alrededor un entorno “aséptico”, es decir “sin gérmenes”(no TV, no internet, no videojuegos, no..., sólo películas de santos y similares), lo cual hace que no tengan las defensas preparadas para cuando, acabado los estudios en sus casas tengan que salir fuera. En ese momento, el mundo los despierta bruscamente. Ven por primera vez el mundo por ellos mismos. Conocen otras cosas buenas, pero también muchas malas. Descubren un mundo que para ellos era totalmente desconocido y empiezan a hallar que existen los amigos, que hay profesores que

enseñan mejor que sus padres, que el mundo no son las cuatro paredes de su casa... Poco a poco se van sumergiendo en este nuevo mundo, hasta que empiezan a descubrir cosas que les atraen, pero que sus padres siempre les dijeron que eran pecaminosas. En ese momento es cuando empieza una lucha, y en la mayoría de los casos, al no tener defensas suficientes, caen en malos hábitos y fracasan como hombres y como cristianos. Sería algo así como un niño que ha crecido siempre dentro de un fanal y nunca ha recibido “contaminación” del exterior. Cuando ese niño entre en contacto con los “gérmenes de este mundo” no tendrá las defensas preparadas y su vida correrá peligro.

Así pues, aunque de principio el homeschooling puede ser bueno, no es una panacea ya que tiene muchas limitaciones que también hay que tener en cuenta.

El papel de la Iglesia en la educación de los hijos

Del mismo modo que decíamos que los colegios vienen a ayudar a los padres en la educación de los hijos, la Iglesia ha de realizar – a su nivel – una función similar. La principal función de la Iglesia (independientemente de los colegios católicos) será ayudar a los padres para que los hijos se formen debidamente en las áreas moral, catequética, litúrgica y sacramental.

La educación “religiosa” de los niños en la Iglesia debería comenzar desde la más tierna infancia. Son los padres los responsables ante Dios de llevar a sus hijos a la Misa desde que empiezan a darse cuenta de las cosas. Es más, a mí personalmente me encanta ver a los padres venir a la Iglesia con sus bebés de pocos meses. La Iglesia es un organismo vivo; Cristo es el Buen Pastor, y en su redil hay corderitos pequeños que saltan inquietos y balan, pero que hacen la alegría de toda la congregación. Cuando esos niños tienen poco menos de un año, me causa gran deleite ver a los padres que llevan a sus hijos a una imagen de la Virgen y le dicen: *“mándale un beso a la Mamita del cielo”*. **La fe la recibieron en el bautismo; ahora toca a los padres ayudar a Dios para que esa fe se vaya formando**; al principio mandándole besos a la Virgen, luego enseñándoles el “Ángel de mi guarda”, el Ave María y el resto de las oraciones. De tal modo que cuando lleguen a la catequesis de Primera Comunión a los seis o siete años ya sepan las oraciones más elementales, estén acostumbrados a rezar, sepan quién es Dios, cómo murió Jesús, qué es la Eucaristía, hayan aprendido a comportarse en la Iglesia,

y muchas otras enseñanzas sencillas, pero tremendamente necesarias, y que son el inicio de la “piedad cristiana” de esos niños.

Desgraciadamente la realidad está muy lejos de estos “sueños”. La gran mayoría de los chicos que vienen a la catequesis de Primera Comunión no saben quién es Jesús, para qué hay que arrodillarse o porqué hay que estar callados en el templo; en una palabra, no tienen ni el más mínimo signo de piedad pues nunca lo han aprendido de sus padres (y a veces tampoco de los sacerdotes).

Si a esto le unimos, que la función tan importante que debería realizar la Iglesia a esa edad, ha quedado casi reducida a enseñar a los niños a colorear dibujos y a aprender un par de oraciones nada más, este tiempo maravilloso y único se habrá perdido.

Por otro lado, si los padres no se preocupan de llevar a los niños a la Iglesia semanalmente mientras que están bajo su tutela, probablemente ésta será la última vez que veamos a esos niños en muchos años, por lo que la función que debería realizar la Iglesia quedará totalmente truncada. Y esto se lo digo por experiencia propia después de más de treinta años de sacerdocio.

Es un hecho real que:

- Acabada la catequesis de Primera Comunión, menos del 20 % de esos niños accede a la catequesis de Confirmación.
- Que de todos los bautizados menos del 15 % se casan actualmente por la Iglesia.
- Que la asistencia semanal a la Santa Misa no llega en la mayoría de las parroquias al 10 %.
- Que el número de confesiones de las personas bautizadas con el fin de cumplir con el precepto de la Iglesia de confesar al menos una vez al año es inferior al 5 %.

Si a todo esto le unimos el hecho de que en muchas parroquias la enseñanza que se da está bastante lejos de ser el Magisterio de la Iglesia, el panorama que se divisa frente a nosotros es bastante negro.

Brevemente les doy un botón de muestra, aunque realmente no hace falta pues ustedes tendrán muchos otros ejemplos parecidos e incluso más graves.

Hace tan solo unos días una madre de familia (que no pertenece a ninguna de mis parroquias) me contaba que había pillado a su hijo de 15 años viendo pornografía en su habitación y cometiendo un acto impuro. Cuando la madre lo vio se hizo la despistada, pero horas más tarde se acercó con gran cariño a su hijo y le hizo ver que lo que había hecho no estaba bien. Le aconsejó que se acercara cuanto antes a confesarse para que Dios le perdonara. El domingo siguiente, el joven, más por obediencia que por amor a Dios, se confesó. Le contó al sacerdote lo que había hecho y la respuesta del sacerdote fue, según me contó la madre, la siguiente: Intenta no hacerlo más; pero de todos modos no te preocupes mucho pues a tu edad es algo habitual. De algún modo hay que liberarse de esa tensión.

Ustedes me dirán ahora, qué enseñanza sacó ese joven. Por otro lado, esto me hace pensar, y no soy mal pensado, qué tipo de castidad llevará ese sacerdote cuando da esos consejos; qué es lo que él personalmente hará cuando tenga personalmente esa “tensión”.

Como pueden ver, educar a los hijos es algo tremendamente difícil. Hay enemigos por todas partes. Es por ello que todos: padres, colegios, sacerdotes..., tenemos que rezar mucho, tomarnos nuestra vocación más seriamente y darnos cuenta de que lo que está en juego es la felicidad de muchas personas, y lo que es más importante, su salvación y también la nuestra.

Capítulo III

Las nuevas tecnologías

El éxito o el fracaso en la educación de los hijos será el resultado de la correcta intervención de los muchos factores que entran en juego en su formación: los padres, los amigos, el colegio, la Iglesia, el ambiente, las nuevas tecnologías, y por supuesto, ellos mismos. Estos factores, y otros tantos, actuarán a favor o en contra, a la hora de formar a los hijos. Es por ello, que los padres, como primeros educadores de sus hijos, habrán de cuidar todos y cada uno de estos elementos mientras que los niños están todavía bajo su tutela; y de modo especial, durante los primeros 18 años de su vida, pues será entonces cuando los hijos serán más proclives a recibir cualquier influencia externa, tanto para bien como para mal.

Recuerdo haber visto películas antiguas en las que en una factoría comunista donde trabajaban multitud de personas, estaba la radio emitiendo continuamente propaganda del partido y haciendo un lavado de cerebro. Si esto ocurriera hoy día en cualquier lugar de trabajo me imagino que rápidamente los sindicatos levantarían una escandalosa protesta; en cambio todo eso y más, está ocurriendo en sus casas y no veo a muchos padres preocupados del lavado de cerebro que están haciendo a sus hijos.

Con el fin de ver el influjo que realizan algunos de estos factores en la educación de los hijos examinaremos algunos de ellos con más detalle.

La móvil-manía, pandemia del siglo XXI

Es curioso que el teléfono, que fue inventado como medio de comunicación entre las personas, se haya convertido ahora para muchas familias en causa de aislamiento. Algo, que

de suyo podría ser bueno si se usara correctamente, cuando se abusa de ello, pierde toda su virtualidad y se convierte en instrumento de deformación.

Cuando en alguna ocasión he sido invitado a comer a una casa, me llama la atención que, junto a los cubiertos, el vaso o la servilleta, se encuentra el teléfono móvil. La finalidad es no perderse nada de lo que está ocurriendo en la cuenta de Facebook, Twitter o WhatsApp. Da la impresión que eso es más importante que disfrutar de ese maravilloso momento en familia. La mesa, que siempre fue un centro de reunión de la familia y el momento en el que se intercambiaban opiniones acerca del día a día, se ha convertido ahora en centro de comunicaciones (telefónicas), donde todo el mundo está hablando con los de afuera, pero ninguno con los que tiene delante.

Llama la atención ver a los jóvenes de catequesis de confirmación (12-14 años) que acuden al templo con el móvil en la mano o “incrustado” en el bolsillo de atrás del pantalón. El móvil se ha convertido para ellos en un instrumento imprescindible para, para... ¿para qué?

No le dé a su hijo un teléfono móvil antes de los 18 años

Es opinión mía personal que un joven no debería tener móvil hasta los 18 años. La razón es muy sencilla, porque antes no lo necesita. ¿Y después? Después tampoco; pero al menos podría ser conveniente. ¿Y si el hijo se va de viaje con el colegio? ¿No sería bueno que llevara móvil por si le pasa algo? Tampoco. La razón es muy simple, si pasara algo, tenga por seguro que habrá muchos móviles disponibles para avisar a los padres.

Los beneficios que puede reportar llevar un móvil antes de los 18 años no compensan los peligros a los que se va a someter a ese joven. ¿Cuáles son?:

- Mal uso de las redes sociales (donde cuentan miles de cosas íntimas y personales; donde mandan fotos, supuestamente privadas, pero que están al alcance de todos).
- Fácil acceso a contenidos inmorales.
- Peligro de acoso por parte de otras personas.

- Pérdida de concentración y atención para realizar sus propias labores, pues están recibiendo o mandando mensajes continuamente.
- Caer en el “materialismo” (poseer cosas materiales sin haber una necesidad real que lo justifique). Sienten la urgencia de estar a la última y no ser menos que sus amigos.
- Inmensa pérdida de tiempo: Está demostrado que un joven, pasa más de dos horas diarias manejando el móvil.
- Ansiedad si el móvil se pierde, estropea o se lo quitan.
- Sin hablar de daño espiritual que pueden causar al quedarse bastante incapacitados para un posible diálogo con Dios.

Partiendo del hecho que un joven no debería tener móvil antes de los 18 años, podría ocurrir que en una ocasión concreta lo necesitara realmente, ¿qué hacer? Mi consejo es que haya en la casa **un teléfono móvil extra**, que sea puro teléfono, sin internet, ni pantalla de 5 pulgadas, y que se pueda dar al joven para ese momento concreto. Eso sí, todas las noches y/o, una vez que la necesidad haya pasado, **el móvil deberá volver a los padres** para que lo guarden hasta la próxima ocasión.

No es bueno que ellos dispongan de un móvil personal, pues esa es la ocasión que aprovechará el demonio para ir poco a poco minando “la moral” de su hijo. Si quiere evitar “sorpresas” y “descubrir” que su hijo no es tan “santo” como usted se imaginaba, este modo de actuar le puede ahorrar muchos disgustos.

Si así procediera, probablemente su hijo le calificará como retrógrado y tirano, pero yo le aseguro que con el tiempo su hijo se lo agradecerá. A veces los padres **no se dan cuenta del “arma” que le entregan a sus hijos, cuando movidos por un modo de pensar bastante inocente, le regalan a su hijo el primer móvil.**

El acceso a internet por parte de los jóvenes

Aunque el uso de internet ha supuesto una gran ayuda a la hora de buscar contenidos y realizar investigaciones, su uso ha de ser controlado cuando son los jóvenes los que han de acceder a él.

Todos sabemos, que junto a muchas cosas buenas que se puedan encontrar en la red, hay también muchas páginas de contenido pernicioso que lo que pretenden es hacer daño, corromper, manipular las mentes, modificar los valores morales, y un largo etcétera. **El demonio, y muchos hombres que están a su servicio, se han dado cuenta del arma tan poderosa de destrucción y manipulación que gratuitamente muchos padres ponen al alcance de sus hijos.**

Es por ello que, como internet se ha convertido en una herramienta necesaria para el estudio y la investigación a partir de cierta edad, su uso ha de estar perfectamente controlado por los padres. Estos habrán de **limitar el tiempo de acceso y el contenido de las páginas que sus hijos visitan.** El mercado tiene muchos productos capaces de realizar esta función. Si usted le deja a su hijo total acceso a los contenidos de internet, y, además, no le limita el tiempo de su uso, no se extrañe de lo que se pueda encontrar si revisa el “historial” del navegador. Por otro lado, dada la capacidad de atracción que este medio tiene, puede que llegue el momento en el que su hijo no sepa hacer nada si no es a través de internet.

Una mención especial haremos de las famosas “wikipedias”. La única utilidad que pueden tener es para conseguir algunos datos objetivos, pero no se le ocurra acceder a ellas para conseguir criterios sobre, filosofía, teología, política, religión, medicina... Los contenidos suelen estar bastante manipulados, por lo que, en lugar de formar a sus hijos, los estarán deformando. Es bueno que los padres conozcan portales de internet que sean de fiar por tener información objetiva, seria y apropiada para lo que ellos necesitan.

Por otro lado, no es conveniente que los jóvenes sólo tengan internet como único modo para acceder a la información que precisen. **Es necesario que en casa haya buenos libros en papel, diccionarios, enciclopedias sencillas.** Eso será más que suficiente, al menos, hasta que su hijo tenga alrededor de 14 o 15 años. Ustedes me argüirán que las enciclopedias se quedan obsoletas en pocos años y además son bastante caras. Yo les digo que con la información que ellas ofrecen, sus hijos tienen más que suficiente para su tarea escolar hasta esa edad que les he mencionado.

Por otro lado, si usted permite a sus hijos que usen internet el tiempo que “necesiten”, no le extrañe que se pasen toda la tarde de estudio buscando dibujos y fotografías que “necesitan” para hacer un trabajo escolar; y que, al cabo de esas horas de búsqueda, tengan cientos de fotos, pero el trabajo esté sin hacer.

Un error bastante común cuando uno accede a la información que nos brinda internet, es creer que todo lo que allí aparece es verdad. **En internet hay de todo, lo importante es saber buscarlo, y para ello hace falta criterio.** Un niño o un joven todavía no tienen el criterio formado, por lo que, si se le permite acceder a cualquier página web, lo más seguro que lo que encuentre no sea adecuado, esté manipulado, o sea falso.

La fiebre de las tabletas en los colegios como sustitutivo del libro físico

Es un error muy grave que están cometiendo muchos colegios el hecho de sustituir los libros físicos por las famosas “tabletas”. Bajo la “mentira” de que allí lo tienen todo al alcance de la mano; que a partir de ese momento no van a tener que gastar dinero en la compra de libros; que los contenidos van a estar siempre actualizados, y mil razones más, el hecho real es que un niño que se acostumbre al uso de las tabletas para leer y estudiar, cogerá “odio” a los libros en papel. Por otro lado, dado que la lectura de libros es imprescindible para la formación de los jóvenes, si usted le da una tableta a su hijo, olvídense de que su hijo adquiera hábito de lectura. El día de mañana será un experto en tabletas, pero no habrá leído prácticamente nada y como consecuencia su formación humana e intelectual será totalmente deficiente.

El uso de la televisión como medio de entretenimiento y formación

Aunque el número de horas que un niño-joven pasa delante del televisor ha descendido mucho como consecuencia del uso de los ordenadores, móviles y tabletas, es una realidad que muchos padres usan la televisión como medio de distracción de los niños, especialmente cuando éstos tienen menos de diez años. Una vez que llegan del colegio les preguntan si han hecho la tarea. Ellos responden rápidamente que “la profe” no les ha puesto tarea. Entonces la mamá les enciende el televisor, les pone el canal de dibujos o el Disney y allí se quedan embobados durante tres o cuatro horas, malgastando el tiempo, quemando neuronas y perdiendo la vista. Contrólese el tiempo y el contenido en el uso de la televisión.

Por otro lado, cuando a los niños de la catequesis de primera comunión les explico el sexto y el noveno mandamiento, como son inocentes (aunque a veces el inocentón es el cura), les dices que esos pecados son las cosas feas que a veces se ve hacer a los mayores en la televisión.

En ese momento los niños se ríen, algunos se sonrojan y otros ya han hecho sus primeros experimentos movidos por la curiosidad. Así pues, lleven los padres también cuidado con los contenidos a los cuales los niños pueden acceder en televisión. Hoy día muchos padres cambian el canal cuando este pasa una película en la que sale John Wayne pegando tiros a los indios, pero en cambio no hacen nada, cuando es una película con contenidos sexuales más o menos explícitos, presenta situaciones de adulterio e incluso de homosexualidad.

Mención especial hay que hacer a las novelas actuales. Yo nunca he seguido ni visto ninguna; pero en alguna ocasión, cuando he ido a alguna casa a llevarle la Comunión a un enfermo, me he quedado sonrojado al ver a todo un sacerdote con traje talar dando un apasionado beso a la actriz (actor) de turno, mientras que la familia allí presente lo veía como la cosa más natural del mundo.

Las nuevas tecnologías han de estar fuera de los dormitorios

El dormitorio recibe su nombre porque es el lugar donde se duerme y descansa. Hoy día, bien por comodidad o por falta de espacio, el hecho es que los dormitorios se han transformado en Centros de Telecomunicaciones: TV, DVD, ordenador portátil, tableta, móvil, consola de videojuegos. Tener todo eso en la habitación, y más todavía cuando se es joven, es como tener un quiosco con revistas porno al alcance de la mano y sin que te cueste un céntimo.

Si el joven precisa de esos artilugios, úselos en lugar público, con las puertas abiertas y el volumen encendido; de tal modo que pueda ser visto por cualquier otra persona que esté allí o pase por delante.

Y si esto no fuera razón más que suficiente, les cuento brevemente lo que me pasó a finales del verano pasado.

A principios de septiembre recibí en mi domicilio una carta circular del pedáneo de la localidad donde vivo, en la que se nos convocaba a una reunión para detener la instalación de una antena de telefonía móvil en el centro del pueblo. La razón que se aducía era el peligro que suponía para la salud de todos, las ondas que estas antenas emitían.

La verdad es que el pedáneo tenía más razón que un santo; pero si hemos de ser congruentes en nuestra forma de actuar, ¿se han detenido alguna vez a pensar en las ondas que puede haber en el lugar donde dormimos si en la habitación existen todos esos aparatos?

Consolas de juegos

Una de las tecnologías que bien usadas pueden ayudar en la distracción de los hijos es el uso prudente y controlado de los videojuegos.

Se ha de hacer un control tanto de los contenidos de los mismos como del tiempo que los chicos dedican a ellos. Si un uso prudente puede ser beneficioso, pasarse gran parte del fin de semana y las horas libres después del colegio, jugando a videojuegos les puede crear adicción, distraerle de sus labores educativas, hacer que no consigan tener hábito de lectura, y al mismo tiempo hacerles “vivir” en un mundo virtual con el consiguiente peligro de confundirlo con el mundo real.

Conclusión

El buen uso de las tecnologías es muy importante para la formación de los hijos. Esta es un área en la que la mayoría de los padres ni se han planteado el problema. Pero luego no se quejen, si pasando el tiempo comprueban por ustedes mismos, el influjo perverso que han tenido sobre sus hijos si no fueron controladas debidamente.

Capítulo IV

Los doce años más importantes en la vida de una persona

Hasta los doce años

Es un hecho más que comprobado que en los tiempos que corren, los padres sólo disponen de los primeros doce años de sus hijos para crear en ellos unos buenos cimientos. A partir de ese momento, la autoridad de los padres caerá en entredicho, la influencia exterior será realmente virulenta y la atracción de nuevas experiencias propias de la edad les hará en muchos casos cerrarse en banda y no querer escuchar ningún consejo que venga de cualquier persona que para ellos suponga una limitación a su libertad.

El hombre es un ser con una dimensión social; es función de los padres atemperar y corregir el influjo negativo que la sociedad pudiera tener sobre sus hijos. Mientras que los hijos tienen menos de 18 años, es obligación grave de los padres vigilar este influjo y corregir las desviaciones que pudieran aparecer. Tan malo es despreocuparse del problema y dar a los hijos plena libertad sin control, como aislarlos del mundo exterior. Una dosis prudente de uno y otro será necesaria para su correcto crecimiento.

Con bastante frecuencia me llegan preguntas de padres realmente angustiados que no saben qué hacer con sus hijos que oscilan entre los 15 y los 18 para controlarlos. Si usted no desea que le ocurra lo mismo, ha de empezar a educar a sus hijos desde que estos son bien pequeños. Cuando el árbol ya tiene el tronco rígido es realmente difícil ponerlo derecho.

Durante los doce primeros años de la vida de los niños no suelen aparecer problemas graves de comportamiento, es por ello que muchos padres se despreocupan de la formación de sus hijos en esa etapa e inocentemente desoyen los consejos de los educadores, sacerdotes, amigos y otros familiares.

Los primeros errores que cometen muchos padres

Los primeros errores que cometen muchos padres, que se consideran a sí mismos como católicos, son dos: posponer el bautismo por meses y reducir el bautismo a un mero acontecimiento social de bienvenida de la nueva criatura.

Antiguamente, cuando los partos no tenían las facilidades médicas y hospitalarias que existen hoy día, **los hijos eran bautizados durante la primera semana de vida**, pues los padres tenían una conciencia clara de la importancia del mismo. En algunas ocasiones incluso, estando la madre todavía en la casa recuperándose del alumbramiento.

Hoy día, cuando la gran mayoría de los partos se celebran en la clínica y las madres están en la casa a los tres o cuatro días, vemos que **los bautismos se postergan por meses sin haber una causa real que lo justifique**. El bautismo, para muchos padres, ya no es un sacramento que los hijos han de recibir cuanto antes para borrar el pecado original y hacerse hijos de Dios, sino la **presentación de su nuevo hijo al resto de la familia y a los amigos**. De ser una **ceremonia íntima y eminentemente religiosa**, ha pasado a ser una **ceremonia que tiene poco de religiosa y mucho de pagana**, en la que los padres gastan un dinero que muchas veces necesitarán para otras cosas más urgentes; y la madre, madrina y demás invitadas ven una oportunidad única para lucir el último modelito que acaban de comprar para la ocasión; atuendos que en muchas ocasiones no cumplen con un mínimo requisito de decencia ni de ser los más apropiados para una ceremonia religiosa.

Es verdad que **la misma Iglesia tiene también parte de culpa**, pues movida por un deseo no muy claro de darle a la ceremonia un talante festivo y comunitario, obliga a los padres a cumplir muchos requisitos previos que ya de por sí retrasan la recepción del sacramento: pedir cita para rellenar los documentos pertinentes, recibir un cursillo prebautismal, ajustarse al día cuando se celebren bautismos en la parroquia y alguna que otra ocurrencia del párroco de turno.

El bautismo ha de celebrarse, a ser posible, los primeros quince días del nacimiento de la nueva criatura. Ha de ser una **ceremonia eminentemente religiosa**, intentando evitar superficialidades, gastos innecesarios y tener que esperar a la abuela que viene de Cincinnati para las vacaciones de verano.

Desde el nacimiento hasta la catequesis de Primera Comunión

Una etapa muy importante en la formación íntegra de la nueva criatura es la que corresponde a los seis primeros años de su vida. **Desgraciadamente esta etapa es desaprovechada por la gran mayoría de los padres**, los cuales andan más atareados en sus propios trabajos, no practican debidamente su fe y están casi únicamente preocupados porque el niño crezca saludablemente. En cambio, la gran mayoría de ellos olvidan comenzar enseñarle a reconocer una imagen del Señor o de la Virgen, rezar antes de irse a la cama, dar gracias por los alimentos, asistir con los padres a Misa, aprender a comportarse en la Iglesia...

Es realmente llamativo, yo diría más, inmensamente triste, ver a los niños cuando acuden por primera vez a la catequesis, que saben cómo usar a la perfección un teléfono móvil, pero en cambio no conocen ni lo más elemental de nuestra fe.

Este es el segundo grave error de los padres. Se han preocupado de alimentar el cuerpo de sus hijos, han intentado darles una adecuada enseñanza preescolar, pero han descuidado casi en totalidad todo lo referente a la fe. Si estos son los comienzos, fácilmente se puede adivinar cómo serán esos hijos cuando empiecen a ponerse un poco rebeldes.

Los niños han de empezar a asistir a la Misa dominical desde que tienen pocos meses. Los padres deberán cuidar, en la medida de lo posible, que el niño se comporte adecuadamente en el templo. Es normal que en algunas ocasiones el padre o la madre tengan que salirse de la iglesia si el niño se pone demasiado nervioso; pero lo que no es razón alguna es creerse los padres que están excusados de asistir a la Santa Misa porque el niño es pequeño, inquieto o llorón. Los bebés siempre asistieron a la Misa con sus padres; ellos eran quienes ponían una nota de inocencia en el templo, nos hacían a todos crecer en la virtud de la paciencia y al mismo tiempo eran esos “corderitos alegres” que saltaban en el redil junto a sus madres. Y para ellos era la primera ocasión en la que se ponían en contacto con lo sagrado y con un nuevo mundo, que, aunque al principio no entendieran completamente, sería más adelante el que llenaría sus vidas de sentido y de felicidad.

La etapa de la catequesis de la Primera Comunión

Dado que la mayoría de los padres no se han preocupado de enseñar a sus hijos pequeños los contenidos básicos de la fe y empezar a practicar con ellos las devociones más sencillas, **cuando estos niños llegan a la catequesis el desconocimiento es total**; no sólo en cuanto a los contenidos básicos (Santiguarse, Padrenuestro, Ave María, coger agua bendita al entrar en la iglesia, arrodillarse ante el Santísimo y otras pequeñas oraciones y prácticas elementales), sino en cuanto al hecho de que no saben quién es Dios, la Virgen María, no saben lo que es una iglesia, cómo han de comportarse en ella. La fe que se les dio en el bautismo está totalmente sin desarrollar.

Estos niños nunca han tenido contacto previo con un sacerdote, y la prueba de ello es que cuando se dirigen a ti por primera vez te llaman “profe”. Para ellos la catequesis es una “obligación” a la que en un principio no quieren asistir pues les aburre. Para nosotros los sacerdotes, se nos hace una labor muy difícil ya que no sólo tenemos que empezar desde cero, sino que también tenemos que infundir en sus hijos sentimientos de piedad y amor a Dios que los padres nunca se preocuparon de alimentar.

Para aquellos padres que no suelen practicar la fe pero desean que su hijo haga la Primera Comunión, la etapa de la catequesis es difícil pues les obliga a asistir a la Misa semanalmente. Los más listillos aprovechan para irse al bar mientras que se está celebrando la Santa Misa; o si es una mujer, irse de compras para “aprovechar” el tiempo. Con ello les dan un ejemplo “muy edificante” a sus hijos. **Estos aprenderán muy pronto la lección recibida de sus padres y acabada la catequesis no volverán a ir más a la iglesia.**

Por otro lado, si esta es la relación que los padres mantienen con Dios, no se extrañen luego que sus hijos sigan los mismos pasos, e incluso peores. A estos padres les aviso que Dios será un severo juez con ellos, pues no se preocuparon de educar cristianamente a sus hijos ni de darles un buen ejemplo.

Los padres han de estar siempre implicados en la formación humana y cristiana de sus hijos, y de modo más especial cuando éstos están recibiendo la catequesis. Durante la semana tendrán que recordarles a los niños que repasen el catecismo, deberán insistirles en la importancia de rezar siempre; y poco a poco, despertar en ellos el deseo de recibir a Jesús.

Desgraciadamente lo que podemos ver los sacerdotes es que los niños apenas si repasan el catecismo durante la semana, siguen sin hacer sus oraciones; y cuando los padres intervienen, es para llevárselos a comprar el traje, hacer la sesión de fotos o pedirle a los niños que hagan una lista de los regalos que desean recibir el día de su Primera Comunión.

Durante esta etapa los padres deberán también ir **preparando a los niños para la confesión**. Tendrán que enseñarles que ciertas cosas que hacen o dicen son pecados y por ello tendrán que confesarse.

A mí personalmente me gusta confesar a los niños cuanto antes. La condición que les pongo es que conozcan las oraciones más elementales, los mandamientos y sepan lo que es el pecado mortal y el venial. La experiencia que yo tengo con esta práctica es realmente grata, pues, aunque al principio tienen un poco de “respeto” a la hora de confesarse, una vez que lo hacen la primera vez, suelen venir frecuentemente sin tener que decirles nada

La catequesis ha de ser dada principalmente por el sacerdote. Éste podrá ser ayudado por los catequistas si el número de los niños fuera elevado; pero lo que no puede en ningún caso es desentenderse de ella porque tenga cosas “más importantes que hacer”.

Por otro lado, los sacerdotes **no sabemos aprovechar el poco tiempo que tenemos a los niños con nosotros**, pues en lugar de molestarnos en enseñarles los contenidos de la fe, las devociones que ellos han de practicar y despertar el amor a la Eucaristía, la limpieza de corazón..., les hacemos perder el tiempo coloreando figuras, haciendo actividades de grupo o miles de otras tonterías más.

Desde que hacen la Primera Comunión hasta los doce años

La experiencia que yo tengo de este período después de más de treinta años de sacerdocio es bastante negativa. Es un hecho muy común que más del 95% de los niños que hicieron la Primera Comunión ya no vuelven a pisar la Iglesia por muchos años. La semana posterior a la Primera Comunión suelen venir un 15 o 20% de los chicos, pero **dos semanas después prácticamente ya no aparece ninguno**.

Si a esto le unimos el hecho más que frecuente de que de todos esos niños, menos del 20 % recibirán la Confirmación y todavía en menor porcentaje los que se casarán por la Iglesia, eso

quiere decir que desde que hicieron la Primera Comunión ya no volveré a ver nunca más a esos niños. Se harán jóvenes, pero no se acercarán a la Iglesia. Se harán mayores y no se casarán como Dios manda. Tendrán hijos..., y en estos se repetirá la misma historia si no peor.

Si ese es pues el curso normal de la mayoría de los jóvenes, ¿cómo no extrañarnos de que vivan sin criterios cristianos? Y por si esto fuera poco, a la falta de práctica religiosa suele ir unida una falta bastante grave de fe. Si acaso, tienen una fe “informe”, “muerta”, y que no les libraré de la condenación eterna cuando tengan que presentarse ante el Altísimo.

Otros temas importantes relacionados con esta etapa

Si el descuido de los padres en la formación religiosa de sus hijos es grave, no es menos serio el poco cuidado que tienen en la formación de las virtudes humanas más básicas. A saber: a comer de todo, el valor del sacrificio, aprender a ayudar en casa haciendo labores sencillas, el valor de la generosidad, aprender a renunciar a los caprichos, el cuidado de las cosas, no hacer siempre su santísima voluntad, el sentido de la obediencia y el respeto a los padres, y un largo etcétera de virtudes básicas.

Con el fin de no alargarme mucho en este artículo, me limitaré a enunciar algunos apartados que ya han sido estudiados en artículos anteriores e intentaré detenerme algo más en las nuevas ideas.

- a. **Es muy importante enseñarles a comer de todo.** Hace unos meses una sencilla familia de la parroquia me invitó a su casa a comer. La primera impresión era buena pues los padres me pidieron que bendijera la mesa; pero el resto de la comida todo fueron sorpresas. La comida no era la misma para todos, pues al padre no le gustaba el tomate, a la madre “le sienta mal” el pimiento, y a los hijos, ¡para qué seguir! Si los padres son los primeros en tener “alimentos prohibidos, no por cuestiones médicas, sino sencillamente porque no les gustan, ¿qué será de los hijos? Al final cada uno iba comiendo lo que le apetecía. Acabada la comida me dijo el padre orgulloso: *“En esta casa no tiramos comida”*, pero lo que no se daba cuenta ese padre es que estaba maleducando a sus hijos; primero con la propia conducta de los padres al comer y luego al darle a sus hijos sólo y exclusivamente lo que a ellos les apetecía.

Ustedes me dirán, si esos padres no han sido capaces de educar a sus hijos en algo tan sencillo como a comer de todo, ¿cómo van a ser luego capaces de educarles en cosas que realmente van a suponer un sacrificio?

- b. Especial cuidado habrá que tener con todo aquello relacionado con las **nuevas tecnologías**: uso del televisor, tabletas, móviles. De todo ello ya hablamos en el capítulo III. Asociado a ello estará el buen uso del tiempo libre.
- c. Es conveniente que los niños puedan expandirse, correr, practicar algún deporte; pero **no es bueno que todo el tiempo libre del que disponen lo usen jugando al fútbol** con el equipo del colegio, practicando karate o mil otras actividades en las que muchas veces los padres los meten, no tanto por el deseo de que hagan deporte, cuanto por el hecho de que no pueden atenderlos pues tienen que trabajar.
- d. Una actividad que los padres suelen olvidar con mucha frecuencia es la de ayudar a sus hijos a que adquieran **hábito de la lectura**. Proveerles de libros adecuados para su edad despertará en ellos ese hábito, les enriquecerá el vocabulario y expandirá su imaginación. Con el paso de los años se podrá pasar de los cuentos a los libros de aventuras, y más tarde a la buena literatura, historia, etc.
- e. Controlar a los niños cuando estos son pequeños es relativamente fácil; pero **la autoridad no se puede basar nunca en ver quién grita más fuerte**. Si los padres se acostumbran al ordeno y mando y a los gritos, los hijos no obedecerán por amor sino por temor. Cuando el temor desaparezca (con la edad) también desaparecerá la autoridad y la obediencia. Este es un error muy común que cometen los padres.
- f. Es bueno que los padres ofrezcan recompensas sencillas cuando los hijos obedecen, pero **hay que cuidar que no sean los hijos los que controlen a los padres y los manipulen**. Los hijos, si son un poco listos, rápidamente se dan cuenta cómo son sus padres, por lo que no es raro que, cual diablillos, prueben a ver quién es el que realmente manda en casa: “*Papá si hago la tarea ¿me compras un...?*”. Por otro lado, **darles a los niños lo que estos no se merecen por la simple razón de que se callen no es un buen sistema de educación**.
- g. Otro error muy frecuente es la de excusar a los hijos fácilmente cuando estos **tienen que cumplir con sus responsabilidades y no lo hacen**. Es típico que los padres no lleven a los hijos a la Iglesia cuando estos están de cumpleaños, carnaval, función del colegio y muchas otras actividades. Y también es típico que los padres

excusen a sus hijos ante los profesores cuando no han llevado la tarea por razones muy similares.

- h. Otro punto importante será educar a sus hijos en el **control de la voluntad** y de la disciplina a la hora de levantarse, hacer la tarea, ayudar en casa y las otras pequeñas actividades que ellos pudieran tener asignadas. Enseñarles a anteponer lo que es realmente importante, es el comienzo para que luego ellos lo sepan hacer por sí mismos más adelante.
- i. Cuídese también del contenido de las **enseñanzas en los colegios**: las que aparecen en los libros de estudio, y las que los profesores les puedan enseñar por su cuenta. Hace siete u ocho años estaba dando catequesis de Primera Comunión a unos niños; y cuando al hablar del sacramento del matrimonio les decía que era la bendición que Dios hacía sobre un hombre y una mujer que se amaban..., una niña me preguntó: “¿Y si dos hombres se aman por qué no pueden casarse?” Como podrán imaginar ese tipo de preguntas no son el resultado de un razonamiento infantil sino la consecuencia de haberlo oído en la TV, o más probablemente, como este fue el caso, de una profesora que era lesbiana.
- j. Préstese también cuidado de **los amigos** que tienen fuera del colegio. Aunque en esta temprana edad no suelen causar problemas tan serios como cuando los niños tienen ya doce o trece años, malas palabras, reírse de ellos porque van a Misa, el mal ejemplo que puedan ver en otras casas y alguna que otra cosa, pueden afectar negativamente a su formación.
- k. Y un último punto, por no prolongar más esta lista, es lo referente a las **correcciones y los castigos**. Como nos dice la Biblia, “*el padre que no castiga a sus hijos es porque no les quiere*” (Prov 13:24). Cuídese que el castigo sea proporcionado al mal causado. Evítese corregir al hijo cuando uno está irritado o nervioso, pues podrá decir o hacer cosas de las que luego se tendrá que arrepentir. No es bueno pasar por alto o no darle importancia cuando los niños hacen algo que no está bien. Si no se les corrigiera se les estaría diciendo que lo que han hecho no está tan mal. Y por supuesto, no se les debe reír la “gracia” cuando han hecho una cosa que no está bien.

*Bendita seas madre, si por amor a tus hijos
has renunciado a tu futuro profesional para estar más con ellos.*

*Bendito seas padre, si por amor a tus hijos
has renunciado a tus amigotes para estar más en casa.*

*Bendito seáis padres, si vuestros hijos han conocido el amor a Dios
gracias a vuestro buen ejemplo.*

*Benditos seáis padres, si por vuestro amor a Dios
Él os ha confiado una familia numerosa.*

*Bendita sea la familia que rezando todos los días juntos
permanece unida y fiel a los mandatos de Dios.*

Aunque el tema daría para mucho más, creo que al menos lo dicho puede ser útil para que los padres, si es que fuera necesario, corrijan algunas de las cosas que no estén haciendo correctamente. Como les decía al principio del artículo, los primeros doce años de la vida de los niños son esenciales; no llevar el cuidado necesario en su formación puede causarles una deficiencia, que cuando sean más mayores podría ser muy tarde para corregirla.

Capítulo V

La edad difícil

Entre los 12 y los 18 años

El periodo que va desde los 12 a los 18 años siempre fue una etapa difícil en la vida de los jóvenes. Era el momento en el que ellos empezaban a solidificar sus cimientos, fundamentar sus propios criterios, y en muchos casos era el tiempo en el que algunos jóvenes recibían la vocación. Hoy día, como consecuencia de una deficiente educación y el influjo negativo que hace sobre ellos el ambiente, se ha transformado en una **etapa de tortura para los padres; y para algunos jóvenes -los más piadosos-, en periodo de sufrimiento, pues su fe se ve continuamente atacada por el ambiente, los amigos, el colegio, los medios de comunicación...**Es, desgraciadamente para muchos de ellos, la época en la que se separan de Dios, pierden su virtud, abandonan la práctica de la religión, no asumen sus responsabilidades, se hacen rebeldes, e incluso en algunas ocasiones dan los primeros pasos hacia el mal camino.

Es por ello que analizar las causas de este fenómeno, intentar reducir el impacto de todos estos factores en nuestros jóvenes, e intentar ayudar a padres e hijos para que culminen felizmente esta etapa, es el propósito de este capítulo.

Es relativamente frecuente comprobar que, aunque los padres se hayan esforzado en formar a sus hijos siguiendo los caminos de las virtudes humanas y cristianas, **el golpetazo que sufren los jóvenes en esta etapa es tan fuerte que raro es el que no tambalea y cae.** No obstante, aunque el hijo cayere, si la formación previa fue buena, es bastante frecuente que ese joven se recupere pronto; y si no es así, cuando haya madurado un poco y haya tenido que hacer frente a la vida, vuelva si cabe con más intensidad a su fe y a la práctica religiosa.

Los padres han de ser los primeros en tomar conciencia de que su hijo ya no es un niño

Primero de todo, los padres han de darse cuenta que sus hijos ya no son niños; están creciendo, por lo que han de darles un poco más de espacio, pero sin llegar a abrir totalmente la mano pues entonces se escaparían. Saber guardar un equilibrio adecuado será realmente difícil, pues habrá padres que se excedan en el control, y otros padres que sean demasiado laxos y permisivos. Ambas posturas extremas serán incorrectas. Es por ello que hablar padre y madre entre sí para hacer una **“estrategia” común** e incluso buscar la ayuda de terceros que tengan cierta experiencia será siempre muy necesario.

Del mismo modo que el padre o la madre acompañan al niño cuando da sus primeros pasos para evitar que se caiga, **los hijos necesitan la compañía y el consejo de los padres en este periodo difícil**. Con los años, el estudio, la formación dada por la familia y la Iglesia..., los hijos van comenzando a formar su propio criterio sobre las cosas. Será de gran ayuda si hubiera entre padres e hijos la suficiente confianza para hablar (sin perder los nervios), intercambiar opiniones y corregir las pequeñas desviaciones que pudieran aparecer. Si los padres tienen **“habilidad y paciencia”** para tratar con ellos, y los hijos, **“humildad e inteligencia”** para aceptar el consejo, ya habremos logrado bastante.

Todos los padres suelen conocer suficientemente a sus hijos y saben bastante bien de qué pie cojea cada uno. **En esta etapa, esas virtudes y defectos tienden a hacerse más evidentes**. Es conveniente que los padres sepan hacer una educación diferenciada según **“las cualidades”** de cada hijo.

Lo que sí es muy importante es que los padres, se dejen o no los hijos ayudar, **en ningún momento se desentiendan y tiren la toalla**, o sencillamente no presten ninguna atención o interés. El tener mucho trabajo no es excusa alguna. Si los padres trabajan es principalmente para sacar la familia adelante; por lo que no tendría sentido que para sacar la familia adelante hubiera que desentenderse de los problemas por los que ésta pasa.

Por otro lado, el marido (o la mujer, pues a veces también ocurre) **no pueden descargar esta responsabilidad en el otro cónyuge**. Es una obligación que han de cumplir los dos en armonía, si es posible.

Lleven también especial cuidado los padres de tratar a todos los hijos con el mismo cariño y cuidado. Es queja bastante común de los jóvenes decir que mi padre (madre) “*quiere mucho más de mi hermano que a mí*”. En muchas ocasiones, puede que haya algo de envidia de ese joven; pero sí he visto también que las quejas de los chicos suelen ser justificadas en algunas ocasiones. Es **normal que los padres tengan “preferencias”** por un hijo en concreto, pero han de intentar que no “se les note” demasiado, pues podría hacer daño a los demás, y a ese también. Por otro lado, padre y madre han de intentar **balancear su trato con los hijos**, de tal modo que, si el padre tuviera cierta preferencia por algunos y “pospusiera” a otros, la madre tendría que comunicárselo a su marido y al mismo tiempo, debería intentar suplir con un “extra” de cuidados y cariños a aquellos que fueran más preteridos.

Es frecuente ver la aparición de celos entre hermanos por la razón de que el padre (o madre) presta más atención al hijo que es como él, le sigue “la rosca”, es más trabajador, dócil, inteligente. Y, por otro lado, el hijo que sale un poco más “rebelde” y que quizás por ello necesitaría más ayuda, pasa a segundo plano.

Por otro lado, **no confundan los padres la rebeldía con la personalidad**. Que un hijo empiece a tener sus propios criterios (sin ser malos), y que a veces no coincidan con los de los padres, puede ser signo de personalidad y no de rebeldía. Es conveniente que los padres tengan **miras amplias** y se den cuenta que su forma de vivir no es la única, siempre y cuando ésta sea virtuosa e intente seguir los principios cristianos.

La frontera de los doce años

Aunque esta frontera oscila en un año o dos, ya sea hacia arriba o hacia abajo, hay un momento bastante puntual en muchas ocasiones, en el que de pronto se ve que el **hijo “ha dado un bandazo”**. Aunque este cambio ha sido precedido de bastantes señales que indicaban la cercanía de la tormenta, un buen día empiezan los rayos y centellas. El cambio es tan brusco que los padres han de estar al tanto para percibirlo y salir en su ayuda cuanto antes. Podríamos decir que es cuando ese niño se empieza a hacer **hombrecito (o mujercita) y empieza a preguntarse el porqué de muchas cosas**: cuando no entiende porqué tiene que seguir obedeciendo a sus padres si ve que están equivocados; cuando no entiende porqué tiene que ir a la Iglesia todos los domingos si no “siente” nada; cuando quizás en un

“descuido” haya tenido su primer “experiencia” y haya descubierto un mundo que le era bastante ajeno y desconocido.

Es el momento en el que las enseñanzas ya no son aceptadas por pura “fe” en sus padres, profesores, sacerdotes, educadores; sino que es el mismo joven quien ha de aquilatar la verdad. El esquema de ideales que los padres habían enseñado a sus hijos es cuestionado en este periodo. Ellos querrán edificar el suyo propio, por lo que es muy frecuente que desconfíen de aquellos que antes le ofrecían criterios; y en cambio, presten más atención a personas que ni siquiera conocen. Es el tiempo de los “ídolos”. Lo único que aceptarán será si el sistema de valores lo han construido o aceptado ellos personalmente. Más adelante será frecuente que descubran su error en muchos puntos y será entonces cuando hagan un balance entre los que ellos piensan y lo que sus padres les enseñaron.

Si en este momento los padres no fueran conscientes del cambio que está realizando su hijo, ése podría ser un **punto de inflexión importante** en la vida de su chico, lo cual le podría empezar a separar de usted y de los valores que le había intentado inculcar. Y dado que el demonio está al acecho y conoce muy bien la situación, no desaprovechará la más mínima ocasión para hacer daño e intentar desorientar a su hijo.

Al ser un momento especialmente delicado, **cuiden los padres dentro de lo posible, las fuentes de información de donde los chicos están tomando ahora sus valores de referencia.** Todos esos medios saben muy bien la situación de debilidad en la que se encuentran y aprovecharán cualquier medio para “adueñarse de ellos”. Me recuerda el caso de los crustáceos cuando cambian de caparazón y se quedan sin protección durante unas semanas hasta que fabrican uno nuevo. Ése es el momento que aprovechan los depredadores para acabar con ellos.

Hasta los dieciocho años

Hasta que los jóvenes lleguen a los 18 años, los padres deberían estar en continua vigilancia día y noche e ir achicando agua para sacar a flote al hijo cuantas veces haga falta. Los padres deberán tener en cuenta que sus hijos están levantando sus propios cimientos y no tenderán a oír lo que los padres le digan por el mero hecho de ser sus padres. Cada consejo que le den tendrá que ir acompañado de razonamientos sencillos y nunca impositores. El **orden** y

mando ya no servirá, a no ser que el chico vea en ello el amor de sus padres; pero no por el mero hecho de que venga de sus padres lo aceptarán, como hacían cuando eran pequeños. Todo lo intentarán pasar por su propio filtro; es por ello que deberán llevar especial cuidado con todo aquello que les pueda hacer daño.

A pesar de que en este periodo los hijos tiendan a cerrarse en banda, **siempre se podrá encontrar una “puerta abierta”** por la que serán relativamente accesibles. Es función de los padres encontrar esos “frentes abiertos” para poderlos usar en el momento oportuno.

Hasta los años 70 del siglo pasado, las fuentes de información a las cuales podían acceder los jóvenes estaban limitadas a la casa, colegio, iglesia, amigos y libros. Esas **fuentes de información que antes eran puras, están en el presente cargadas de ideologías que son en muchos casos contrarias a nuestra fe.** Y a ellas tenemos que sumar otras que son nuevas, y aunque de suyo pueden ser beneficiosas, **la carga ideológica y en ocasiones demoníaca que llevan podrá hacerles mucho daño.** Me estoy refiriendo a todo aquello que tiene que ver con las **nuevas tecnologías:** TV, internet, teléfonos móviles, ordenadores. Por otro lado, si los chicos caen bajo la influencia de esas tecnologías, nunca adquirirán el hábito de lectura, perderán la concentración para el estudio y fácilmente evitarán todo aquello que pueda suponer esfuerzo para el aprendizaje.

Los padres deberán vigilar de modo muy especial todos estos factores adversos. De algunos de ellos ya hemos hablado en los capítulos precedentes, por lo que para no repetirme les remito a ellos. Sí deseo recalcar la importancia que tiene **sacar todos esos medios tecnológicos de la habitación de los chicos,** pues sería como ponerles la tentación en las manos y luego desear que no cayeran.

Otros consejos prácticos para los padres durante esta edad difícil

- a. **No permita que sus hijos hagan su santísima voluntad.** Acostúmbreles a respetar las costumbres familiares: ir a Misa juntos, comer todos a la mesa, vacaciones para toda la familia. La casa no es una “democracia” donde cada uno vota y luego se sigue la opinión más votada. El jefe de la casa es el padre, quien junto con la madre ha de ejercer responsable y amorosamente la autoridad.

- b. Recuerde el padre que ha de ejercer la autoridad siguiendo el principio cristiano establecido por el mismo Jesucristo: *“quien quiera ser el primero de todos, que se haga el último de todos y el servidor de todos”*. La autoridad ha de ser ejercida con responsabilidad y determinación; pero también con humildad y actitud de servicio a los demás.
- c. **Escuchen los padres la opinión de los hijos**; pero sean luego los padres quienes decidan lo que se ha de hacer. Si los chicos se quejan, y esto será habitual, decídeles que cuando ellos sean padres podrán hacer en sus casas lo que estimen más oportuno; pero mientras que estén bajo el techo de ese hogar tendrán que cumplir con las normas establecidas.
- d. **Cúidense los padres de no minar el uno la autoridad del otro**, ni de discutir delante de sus hijos. Ello causaría la pérdida del respeto y de la confianza de los hijos. Si entre los padres hubiere diferencia de opinión en algún tema concreto –lo cual es normal–, dilucidéase en privado, pero nunca delante de los hijos.
- e. **Los padres no han de ceder nunca cuando están en juego los principios cristianos**. Ahora bien, han de tener la suficiente flexibilidad para “tolerar” cosas que a lo mejor no les terminan de gustar, pero que en ningún momento atentan contra los valores de nuestra fe. Si el chico tuviera ya 16 años cumplidos, habrá ciertas áreas en las que habrá de darles algo más de libertad (por ejemplo, la Misa de los domingos); ahora bien, si el chico decidiera dejar de ir a la Iglesia, los padres han de hacerle saber que lo que está haciendo está mal.
- f. **Respeten siempre los padres la privacidad de sus hijos**. Por ejemplo, no está bien leer sus cartas o emails privados. Si los padres sospecharan de algo, tendrán que buscar otros medios para enterarse de lo que ocurre, pero nunca atentando contra la privacidad de sus hijos. Pero, por otro lado, no permitan que los hijos conviertan su dormitorio en su “sancta sanctorum” donde los padres no pueden ni entrar. Respeten la habitación, pero siéntase libres de entrar o salir cuando sea necesario. Eso sí, respetando siempre la intimidad de sus hijos. Si por alguna razón vieran cosas inconvenientes en ella, avísenles del error que están cometiendo, pero luego, denles libertad para que sean ellos mismos los que acaben con ellos. No obstante, sean firmes en cuanto a cosas que puedan ser gravemente inmorales: pornografía dura, videos pornográficos, droga, alcohol...
- g. Es frecuente en esta época que **los hijos pierdan las ganas de estudiar**. Es más, podría ocurrir incluso que quisieran abandonarlos. Es por ello que es conveniente

hacerles ver la importancia que éstos tienen; aconsejándoles proseguir, al menos hasta que se saquen el graduado escolar. En esto, sean los padres firmes y al mismo tiempo flexibles. Sean también pacientes y actúen adecuadamente según las cualidades de cada hijo. No todos los hijos tienen que ser abogados ni médicos; la sociedad también necesita oficinistas, agricultores, conductores de autobuses y miles de otros servicios.

- h. Cuiden los padres de modo especial que el hogar sea un lugar donde los hijos reciban **buen ejemplo de sus padres y de los demás hermanos**. En muchas ocasiones el hogar es el primer lugar donde ellos aprenden a perder el respeto a la madre, porque el padre la ridiculiza delante de sus hijos; o viceversa. O cuando se escudan para actuar mal, porque los padres antes permitieron que el hijo mayor hiciera lo que le venía en gana.
- i. Dado que la familia que están intentando formar es una familia católica, cuiden los padres de modo especial todo lo referente a las **prácticas de piedad**: bendecir la mesa, ir a Misa juntos, rezar el Santo Rosario en familia y otras costumbres que cada familia pudiera tener. En este punto concreto los padres han de ser firmes y exigentes. Yo recuerdo, cuando tan sólo tenía once años, que mi padre nos “obligaba” a toda la familia a rezar el Santo Rosario todos los días después de comer. En miles de ocasiones presenté cientos de excusas para escaparme y mi padre nunca cedió. Cuando le decía que mis amigos estaban a la puerta esperándome para irnos a jugar un partido de fútbol, él siempre me respondía: *“pues dile a tus amigos que entren a rezar también con nosotros”*. Ya me cuidaba mucho de que mis amigos no se enteraran de que en mi casa rezábamos todos los días el Rosario. Ahora, muchos años después, agradezco inmensamente la firmeza y sabiduría de mi padre al no dejarme escapar. Llegada cierta edad, que pueden ser los 15 o 16 años; los padres han de intentar ser un poco más flexibles en este aspecto y no “forzar” a sus hijos ni a ir a Misa ni a confesarse; pero sí han que hacerles ver, que están haciendo mal y cometiendo un pecado si no lo hacen.
- j. Cuiden también los padres **el modo de vestir de sus hijos**; especialmente las chicas. Eviten que a los 14 años parezcan ya “vampiresas” usando una ropa inadecuada y en muchas ocasiones provocativa e indecente. Dígase algo similar del maquillaje. Las chicas vistan con pudor y delicadeza. Pero evítese también que vistan como niñas

“rancias” de mitad del siglo pasado. Cuidado especial deberán tener los veranos con la ropa de calle y los vestidos de baño.

- k. **Cuiden también las fiestas a la que asisten.** Evitando que duerman en casa ajena o que la fiesta se prolongue hasta la madrugada. Es bastante frecuente que cumplidos los 14 años hagan ya sus intentos con el alcohol. Y si el alcohol está presente, enseguida llegarán otros invitados: la droga y el sexo. En estos casos, si hay alguna sospecha, más vale pasarse de estrictos que tener que arrepentirse cuando vuelvan borrachos, drogados o sin virtud. En el supuesto de que esto ocurriera, los padres deberán adoptar una actitud firme y decirle a los jóvenes que ya que no fueron capaces de actuar con prudencia..., quedarán castigados sin ese tipo de fiestas durante un plazo prudente de tiempo.
- l. **En las discusiones con los hijos, intenten no perder los nervios.** Hablen con firmeza, pero al mismo tiempo intenten razonar con ellos. Nunca se podrá aceptar ceder en los principios; pero tampoco se debe ser excesivamente estricto y cerrado en cosas que sean secundarias. Es frecuente ver ambos extremos presentes: unos padres que son excesivamente estrictos y otros que son demasiado laxos y no se inquietan por nada. Y también es frecuente que un progenitor haga de bueno, flexible y laxo, y el otro, de duro, estricto y cerrado. Evítese caer en este error, pues los hijos perderán el respeto por ambos.

Y ya para acabar, encomienden los padres a sus hijos a Dios y a nuestra Santísima Madre todos los días. Ellos son los primeros que saben cuán difícil es cumplir esa misión en la actualidad. Por lo que, si así se lo piden, Dios les dará sabiduría, amor, prudencia, flexibilidad y cualquier otra virtud que necesiten para que sus hijos crezcan siguiendo el buen camino. Si a pesar de tanto esfuerzo, los hijos se les fueran de las manos y tomaran un camino erróneo, sigan rezando, tengan paciencia y nunca pierdan la autoridad ni los nervios.

Pero de todo esto hablaremos en el siguiente capítulo. Capítulo que ira destinado de modo más especial a aquellos que ya pasan de los 18 años.

Capítulo VI

Cuando los hijos vuelan de casa

Igual que las aves que están haciendo sus primeros aleteos antes de marcharse definitivamente del nido, los hijos, llegados a los 18 años, suelen hacer los primeros vuelos cortos. La primera salida suele ser como consecuencia del inicio de los estudios universitarios. Si los hacen cerca de casa, suelen marcharse el domingo por la tarde y volver el viernes. Será algunos años más tarde, cuando ya tengan su carrera acabada y hayan encontrado el primer trabajo, cuando se decidan a salir definitivamente del nido para formar su propio hogar.

Esta es una edad difícil, tanto para los padres como para los hijos. Los hijos ya son mayores de edad, por lo que los padres tienen que darles más libertades y responsabilidades; pero, por otro lado, los padres han de saber estar atentos para salir en su ayuda si lo precisaran y éstos se dejaran ayudar.

Saber cuál ha de ser la actitud de los padres en este periodo será el propósito de este capítulo.

Desde los 18 años hasta que acaban la carrera

Confiar en ellos si se lo merecen

Una vez que los hijos alcanzan los 18 años y llegan a la mayoría de edad, la actitud de los padres respecto a ellos ha de cambiar ligeramente, al menos en cuanto al modo de proceder. Primero de todo, los padres han de tomar conciencia de que su hijo ya ha llegado a la mayoría de edad legal, por lo que ya no lo puede tratar como un joven adolescente sino como

una persona adulta (aunque quizás todavía le quede mucho para serlo). Si los hijos responden positivamente a las “nuevas libertades” que los padres les van proporcionando, los padres deberán confiar más en ellos, pedirles opinión antes de tomar decisiones en casa, no obligarles a elegir la carrera que los padres soñaron para su hijo... Todas estas cosas y muchas otras, les ayudarán a adquirir su propio criterio y a tomar decisiones responsables.

En el área religiosa

En el campo religioso, se les deberá dar más libertad. Ya no es lo mismo como cuando el niño tenía 10 o 12 años y se le podía “presionar” para que asistiera a Misa. Ahora habrá de dejarles libertad para que ellos hagan lo que crean deben hacer. Si la educación fue buena, y los jóvenes crecieron y maduraron siguiendo las virtudes cristianas, no supondrá ningún cambio esencial. Es más, en algunas ocasiones serán ellos mismos los que cojan la iniciativa. Tampoco hay que obligarles a que asistan a Misa con toda la familia; si desean hacerlo por su cuenta o con sus amigos no hay problema alguno. Los padres tendrán que aprender a ir “abriendo la mano” para permitir que el hijo haga sus primeros vuelos.

Respetar el hogar y sus costumbres

Ahora bien, mientras que ese hijo goce de los beneficios que los padres le proporcionan, tendrán que **respetar el hogar y las normas de convivencia que los padres hayan puesto**. Aunque el hijo sea ya mayor de edad, no puede hacer en la casa de sus padres (que también es la de él) lo que le dé la gana. El padre sigue siendo el cabeza de familia, y él como hijo, tiene que seguir cumpliendo el cuarto mandamiento (“Honrarás a padre y madre”).

Es por ello que **los padres podrán exigir que el hijo cumpla con las directrices dadas en la casa**: hora de vuelta a casa si se sale con los amigos, disposiciones comunes respecto al uso del alcohol, tabaco y drogas. Al mismo tiempo, el hijo en ningún momento se deberá sentir liberado de las obligaciones propias, que, como hijo, ha de cumplir en la casa: ayudar a su padre en el negocio, a la madre a barrer, o lo que fuera necesario. Los hijos, aunque mayores de edad, están gozando del beneficio de la casa, por lo que es de justicia que cumplan con las obligaciones que los padres les pidieran respetuosamente.

No cometan los padres el error de darle con “facilidad” todo lo que pidan los hijos. Si desean o necesitan algo, han de merecérselo. Si un hijo no cumpliera con su “parte en el trato”, los padres no tendrían la obligación moral de darle ciertas cosas que no fueran imprescindibles.

Recuerdo muy bien lo que ocurrió en mi casa con una de mis hermanas. Ella era (es) muy inteligente. Los estudios siempre le fueron muy bien; pero antes de acabar la carrera dio con un grupo de amigos y con ellos se pasaba largas e interminables horas de charla. En un principio comenzó a volver a la casa alrededor de las 12 de la noche. Mis padres no dijeron nada. Pero poco a poco siguió estirando el elástico, y pocos meses después ya volvía después de las 3 de la madrugada. Ya se pueden imaginar los nervios de mis padres. Un día, cuando ya no podían aguantar más; pues no podían dormir tranquilos hasta saber que mi hermana estaba de vuelta en casa, le dijeron: “*Aunque eres mayor de edad, en esta casa la puerta se cierra a las 12 de la noche; así que si llegas más tarde tendrás que irte a dormir a otro lugar*”. Mi hermana no se lo creyó, por lo que la siguiente noche llegó alrededor de la 1. Tocó el timbre. Mi madre que ya estaba acostada, hizo el ademán de levantarse para abrir la puerta. Mi padre, que tampoco podía dormir le dijo: “*¡No te levantes! Ella sabía que la puerta se cerraba a tal hora, si ha venido más tarde que se vaya a dormir a otro lugar*”. Mi madre, según me contaba luego ella, refunfuñó un poco, pero por obediencia a mi padre no se levantó. Yo les puedo asegurar que ese fue el último día que mi hermana llegó tarde. La lección le sirvió para aprender que, aunque era mayor de edad, tenía que respetar el hogar de mis padres.

Exigentes en el estudio

Es bueno también que los padres sean exigentes con sus hijos en los estudios que estos hagan, dentro de la capacidad de cada uno. No es bueno que los padres se desentiendan o caigan en el error de pensar que “mi hijo se mata a estudiar, lo que pasa es que los estudios son muy fuertes y por eso siempre suspende”. Tampoco caigan en el error contrario. Los padres han de conocer las posibilidades de cada hijo y exigirles de acuerdo a ellas.

Lo que no es bueno es que los padres permitan que sus hijos, con cualidades para el estudio o no, malgasten siete u ocho años de su vida en la universidad si no aprovechan y además se dedican al **botellón**, **los bailes**, **salir con los amigos**, y un largo etcétera que ustedes conocen muy bien.

Acabada la carrera y mientras que el trabajo no aparece

Es relativamente frecuente en la época actual que un hijo que haya acabado la carrera tenga que permanecer en casa durante unos cuantos años porque no encuentra trabajo. Si ese fuera el caso, el trato que se le ha de dar ha de ser particular.

A este respecto me he encontrado con un amplio abanico que cubre todo el espectro; desde hijos que se esfuerzan por encontrar trabajo sea donde sea, hasta otros que se apoltronan en su habitación, se levantan a las mil y quinientas y viven como reyes a costa de sus padres por largos años.

- a. **Si el hijo fuera respetuoso con los padres:** Si el hijo fuera respetuoso con la familia, hiciera todo lo posible por encontrar trabajo, y mientras tanto ayuda a su padre y a su madre en las tareas del hogar o en el negocio de su padre..., ha de ser bienvenido y se le deberá atender mientras que no tenga suerte y encuentre un trabajo digno. Ahora bien, el hijo deberá cumplir con las directrices propias que dan los padres en el hogar y ayudar en la medida de sus posibilidades.
- b. **Si el hijo fuera un gandul y un aprovechado:** Si el hijo saliera gandul, y después de acabar la carrera se aprovechara de la bondad de sus padres y viviera a costa de ellos, no haciendo esfuerzo para encontrar trabajo. Más todavía, si fuera un obstáculo para la felicidad de la familia y un mal ejemplo para sus hermanos. Y más todavía, si hiciera ya sus travesuras, y aprovechara la ausencia de sus padres del hogar para traerse a la amiguíta a casa, o se dedicara a la bebida o a las drogas..., los padres tienen la obligación y el derecho de darle un severo aviso; y si pasado un tiempo prudencial no se ve cambio alguno, entonces de **ponerlo de patitas en la calle**. La casa no es ningún hotel donde se tengan todos los derechos y ninguna obligación que cumplir.

Cuando se marchan a formar un nuevo hogar

Si su hijo se marcha del hogar para formar otro y acude al sacerdote para casarse y recibir todas las bendiciones, ¡enhorabuena! Ustedes lo hicieron bien y su hijo supo aprovechar sus enseñanzas. Pero desgraciadamente, esta situación que hasta hace no muchos años era lo habitual se ha transformado ahora en muy poco común.

Un problema muy frecuente con el que se tienen que enfrentar los padres católicos hoy día es cuando los hijos se marchan del hogar y se “juntan” con su enamorada sin haber sacramento del matrimonio por medio.

Cada vez es más frecuente que los hijos, que de pequeños hicieron la primera comunión y algunos también la confirmación, llegado el momento de casarse, no quieran dar el paso y prefieran vivir en situación de pecado. Las razones más frecuentes que suelen aducir son: falta de dinero para la fiesta o querer conocerse más antes de dar el gran paso. Pero la razón real es “no atarse definitivamente” por el sacramento.

Aunque cada día es más frecuente la mentalidad divorcista en las nuevas parejas que se casan sacramentalmente; mentalidad causada culpablemente por la misma Iglesia como consecuencia de conceder la nulidad matrimonial sin haber justificación legal, la realidad es que prefieren no atarse por el sacramento. Y dado que la vida espiritual de la gran mayoría está totalmente ausente, no les importa vivir en pecado durante muchos años. De los que proceden así, y lo sé por experiencia propia, menos del 30 % llegan a casarse más tarde por la Iglesia. De hecho, lo más frecuente es que, dada la poca vida espiritual y el materialismo en el que viven, esas uniones pecaminosas acaben con ruptura antes de los diez años.

El problema que se les plantea a los padres católicos si sus hijos viven con su pareja sin haber bendición sacramental es realmente serio. Por un lado, siguen siendo sus padres, por lo que han de rezar por ellos, aconsejarles si éstos se dejan, atender a los nietos...; pero lo que nunca pueden hacer es “la vista gorda” y aceptar a esa pareja como si nada pasara. Los padres han de actuar con caridad y al mismo tiempo han de hacer ver a sus hijos que están viviendo en situación de pecado. Se les podrá recibir en casa a comer, ayudarles económicamente si lo necesitaran..., pero lo que nunca pueden hacer es darles cobijo como esposo y esposa y darles una habitación como si nada pasara. Los padres deberán ser firmes en este punto y

tendrán que decirles a los hijos que los recibirán en casa y podrán dormir allí si se casan como Dios manda.

A este respecto recuerdo lo que le pasó hace algunos años a un familiar mío. Uno de sus hijos, muy inteligente y preparado, se casó por la Iglesia, tuvo dos hijos, y después de veinte años de matrimonio decidieron separarse. La razón que adujeron ante el tribunal fue: incompatibilidad de caracteres. En poco tiempo tuvieron su decreto de nulidad.

No había pasado un año y este familiar se volvió a casar; ahora sólo por lo civil. Los padres del no tan joven novio hicieron la vista gorda y le organizaron una gran fiesta de boda, sin importarles que lo que realmente estaban haciendo era aprobar un adulterio/concubinato. Después de estar tres o cuatro años con la segunda, y aburrido de ella, se juntó con la tercera; pero ahora ya ni con matrimonio civil. Los padres, que se decían muy católicos, recibieron a la nueva novia en casa como si nada pasara. Pero aquí no acaba la cosa, pues a sus cerca de sesenta y cinco años, el año pasado se dejó a la última mujer y se fue a vivir con otra persona.

Los padres del “novio” han seguido recibiendo y bendiciendo las tropelías de ese hijo (ya abuelo) como si no pasara nada. Ese hijo, que podría haber aprendido si sus padres hubieran sido firmes, se ha alejado totalmente de Dios, vive completamente desengañado, no cree en nada ni en nadie. Y lo que es peor, el hijo, a no ser que tenga una iluminación especial de Dios se condenará; y los padres, por no haber cumplido con su función, probablemente también.

...

Con esto, acabamos esta serie dedicada a la “Educación cristiana de los hijos”. No olviden nunca las ideas centrales: dar ejemplo, tener paciencia, ser firmes y al mismo tiempo flexibles, y, sobre todo, rezar mucho.

Puede llegar un momento en el que los padres se desanimen porque lo hayan intentado “todo” y tengan la tentación de tirar la toalla; que eso no ocurra nunca. Aunque aconteciera lo peor y el hijo abandonara la fe, la familia..., sigan rezando, Dios todo lo puede. Y si en algún momento su fe vacila, acuérdense del ejemplo que nos dejaron Santa Mónica y San Agustín.

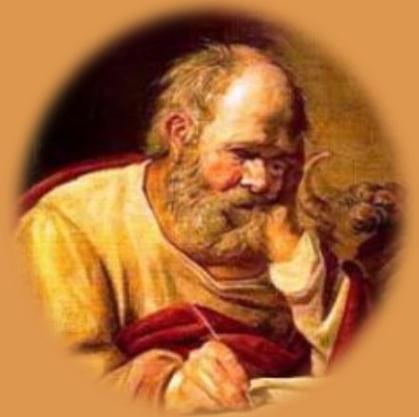
Contenidos

Capítulo I: La educación cristiana de los hijos: Cómo afrontarla frente al mundo actual	4
Gravedad de la situación actual	5
Una labor urgente y sin posible demora	6
Las virtudes y defectos de los padres en los hijos.....	7
Capítulo II: Padres, colegios e Iglesia	10
Un primer factor a tener en cuenta: Los padres	10
La función subsidiaria de los colegios.....	12
“Homeschooling” o Escolarizar en casa.....	13
El papel de la Iglesia en la educación de los hijos.....	15
Capítulo III: Las nuevas tecnologías.....	18
La móvil-manía, pandemia del siglo XXI	18
No le dé a su hijo un teléfono móvil antes de los 18 años.....	19
El acceso a internet por parte de los jóvenes	20
La fiebre de las tabletas en los colegios como sustitutivo del libro físico	22
El uso de la televisión como medio de entretenimiento y formación.....	22
Las nuevas tecnologías han de estar fuera de los dormitorios	23

Consolas de juegos	24
Conclusión	24
Capítulo IV: Los doce años más importantes en la vida de una persona.....	25
Hasta los doce años	25
Los primeros errores que cometen muchos padres	26
Desde el nacimiento hasta la catequesis de Primera Comunión	27
La etapa de la catequesis de la Primera Comunión	28
Desde que hacen la Primera Comunión hasta los doce años.....	29
Otros temas importantes relacionados con esta etapa	30
Capítulo V: La edad difícil.....	34
Entre los 12 y los 18 años.....	34
Los padres han de ser los primeros en tomar conciencia de que su hijo ya no es un niño	35
La frontera de los doce años	36
Hasta los dieciocho años.....	37
Otros consejos prácticos para los padres durante esta edad difícil	38
Capítulo VI: Cuando los hijos vuelan de casa.....	42
Desde los 18 años hasta que acaban la carrera.....	42
Confiar en ellos si se lo merecen.....	42
En el área religiosa.....	43
Respetar el hogar y sus costumbres.....	43
Exigentes en el estudio	44
Acabada la carrera y mientras que el trabajo no aparece	45
Cuando se marchan a formar un nuevo hogar	46

Padre Lucas Prados

Nacido en 1956. Ordenado sacerdote en 1984. Misionero durante bastantes años en las américas. Puede ser contactado a lucasprados@adelantelafe.com



*¿Qué pueden hacer los padres para que el mundo no destruya lo que a ellos les ha costado tanto trabajo?
¿Qué pueden hacer los padres para que los hijos realmente se llenen de Dios y luego tengan armas suficientes para luchar contra este mundo?*